

CARLOS ASTRADA: *Martín Heidegger*. Editor Juárez. Buenos Aires, 1970. 372 p.

Carlos Astrada fue uno de los hombres de su generación que trabajó con mayor capacidad y fervor en la vertiente interior de la cultura argentina. Intentemos ubicarlo en ella, siquiera suscintamente. El esquema de las generaciones resultará útil. Estas se suceden en ritmos de treinta o treinta y cinco años, encabalgadas como las tejas de un techo, con una partición de quince años de preparación y otros tantos de gestión, para usar la denominación de Ortega y Gasset. En lo que va del siglo encontramos la promoción de hombres que comienzan a actuar alrededor del Centenario, 1910. En literatura la encabezan Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas. En lo filosófico hombres como Alberto Rougés, en parte Alejandro Korn, Coriolano Alberini, Saúl Taborda, Martínez Villada, entre otros. Ellos traen la revaloración de la filosofía, que el positivismo había reducido a un hogar común donde concurren las ciencias y ante las cuales aquélla tenía que justificar su derecho a existir. Esa generación se caracteriza por el predominio de los escritores, pensadores y profesores del idealismo. Conocen a Kant y los neokantianos, a Hegel y sus renovadores de comienzos de siglo, a Bergson, Poincaré, Boutroux, Meyerson, Mach... Alrededor de 1925 comienza a hacer sus armas otra promoción que ya no está en una actitud preferentemente antipositivista, sino que trata de desarrollar un pensamiento filosófico independiente. No se trata de reaccionar desde Kant, desde Hegel o desde Santo Tomás contra la cultura filosófica del positivismo. Aquí hay que situar precisamente a Carlos Astrada, Francisco Romero, Luis Juan Guerrero, Miguel Angel Virasoro, Nimio de Anquín, Leonardo Castellani, León Dujovne, Tomás Casares, Angel Vassallo y tantos otros. Algunos de ellos fundan en 1928 la sociedad Kantiana, desde donde defienden el pensamiento moderno y contemporáneo. Cultivan, además de los clásicos, a Hegel, Scheler, Hartmann, Dilthey, Blondel, Jasper, Marcel, Heidegger, Sartre... Otros fundan el Colegio Libre de Estudios Superiores (1930) y la revista *Cursos y Conferencias* (1931), donde colaboran muchos de los hombres más representativos de la generación. El pensamiento católico de la época se nucleó en 1928 alrededor de los 'Cursos de Cultura Católica', desde donde defendieron las ideas de Bloy, Le Breton, Sertillange, Maritain, Newman, Grondwaison, Koyre y tantos más.

Carlos Astrada cuya vida transcurrió entre 1894 y 1970, inicia su docencia universitaria en 1921 y comienza a publicar trabajos de significación desde entonces. En los primeros años su pensamiento es influido por los filósofos de la escuela de Marburgo. Tras su viaje a Alemania en 1927, donde concurre a las clases de Scheler, Husserl y Heidegger en Colonia y Friburgo, retorna a la Argentina en 1931, enseñando en las universidades de La Plata y Buenos Aires.

Junto a su labor docente despliega su labor de escritor y de filósofo, que florece en una obra personal y profunda, que se refleja en las siguientes obras importantes: *Hegel y el presente* (1931); *Progreso y desvaloración en filosofía y literatura* (1931); *El juego existencial* (1933); *Goethe y el panteísmo spinoziano* (1933); *Idealismo fenomenológico* (1936); *La ética formal y los valores* (1938); *El juego metafísico* (1942); *El pensamiento filosófico-histórico de Herder y su idea de humanidad* (1945); *Nietzsche, profeta de una edad trágica* (1945); *Sociología de las guerras y filosofía de la paz* (1948); *El mito gaucho* (1948).

El núcleo central de la filosofía que profesaba Carlos Astrada por aquellos años, puede ser caracterizado como existencialista. En su libro *Idealismo fenomenológico y Metafísica existencial* (1933), muestra cómo la filosofía fenomenológica, reduciendo su horizonte de investigación al dominio de la conciencia trascendental, si bien consigue dar carácter científico a sus descripciones eidéticas, sus conocimientos se circunscriben a un yo universal, de ideal subjetividad, acósmico y existencial, por decirlo así. La fenomenología decía Astrada en esa obra "es un idealismo que no es nada más que una explicación de mi *ego* en tanto que sujeto de conocimientos posibles. Una explicitación consecuente, realizada bajo forma de ciencia *egológica* sistemática, que tiene en cuenta todos los sentidos existenciales posibles para mí, como *ego*" (p. 43|44). Y agrega más adelante: "Por ser eidética tal explicitación vale para el universo de los yo posibles, para el *ego* en general; por consiguiente para ella también vale para toda posible intersubjetividad y desde luego e incluso para el mundo todo, en tanto que éste está constituido intersubjetivamente en dicha explicitación". Esta filosofía esencialista olvida la existencia humana en sus condiciones concretas temporales e históricas. Astrada hacía suya la actitud de Heidegger, cuando disuelve la sustancia pensante en las estructuras ontológicas de la existencia humana (p. 68), porque la sustancia del hombre no es el espíritu como la síntesis de alma y cuerpo, sino la Existencia. En una obra posterior, *El juego metafísico* (1942), destaca el papel principal del juego en la problemática y en el quehacer metafísico. Ese juego no es, sin embargo, puramente metódico y técnico, no es un lenguaje muerto, sino que compromete y hace intervenir la totalidad de nuestra realidad existencial, jugándose por y en torno al ser. La comprensión metafísica, decía Astrada en aquella obra, comprende el drama de nuestro propio ser, de nuestra irrevocable nihilidad (p. 10).

Cuando los hombres no viven apegados a puntos de vista individuales, cuando superan el egoísmo y la caída en el puro bienestar material, cuando no vagan entre las cosas sin rumbo ni sentido, se trascienden en la familia, en lo social, en lo humano y en lo divino. Para la filosofía de la existencia, y para Carlos Astrada, la intencionalidad y la trascendencia de la conciencia trascendental no son primarias. La intencionalidad característica del ser

de la existencia humana, reside, por decirlo así, en las estructuras ontológicas existenciales del ser humano (*Idealismo fenomenológico*, p. 115). A su vez la intencionalidad de la existencia se funda en la trascendencia existencial.

Una muestra de la trascendencia en lo social y de la peculiar comprensión y visión existencial de este pensador, es su estudio e interpretación del hombre argentino a través de Martín Fierro, que Astrada eleva a la categoría de mito gaucho y de mito argentino. En su libro *El mito gaucho* (1948), busca, por vía filosófica, la esencia de la Argentina, la argentinidad, como diría Ricardo Rojas. Eso lo distingue ya de las obras de José Ramos Mejía, Juan Agustín García, Joaquín V. González, Carlos Octavio Bunge, que explicaban el país por medio de sus factores étnicos, su clima, su economía. Antecedentes de una interpretación filosófica los encontramos en los hombres de la generación de 1910, en Alberini, en Rojas, en Korn, en Rougés. Astrada trae una interpretación existencialista. Para él el hombre argentino es una tarea, una estructura, una forma, un estilo de vida, un modo de ser, una categoría histórica y cultural, cuyo plasma originario se encuentra en el gaucho, en el hombre pampeano. El argentino actual, que caracteriza como de inteligencia vivaz, de concepción y asimilación rápidas, improvisador y repentista, intermitente y variable en el esfuerzo, no es más que una realización de las virtualidades de aquel plasma original (¿las mejores, las únicas posibles?), una realización y a la vez una interpretación de mito vital de donde viene. El mito de los argentinos o mito gaucho es, según Astrada, el conjunto de supuestos y actitudes anímicas de nuestra comunidad nacional, que tiende a finalidades aún no declaradas, pero a las que la comunidad argentina tiende vital e instintivamente.

No vamos a considerar aquí la apertura en los años posteriores de la filosofía de Carlos Astrada hacia Hegel y la dialéctica y hacia el pensamiento de Marx. Ese nuevo derrotero comienza con su libro *Existencialismo y crisis de la filosofía* (1952) y se prolonga en *Hegel y la dialéctica* (1956); *El marxismo y las escatologías* (1957); *Trabajo y Alienación* (1958); *La doble faz de la dialéctica* (1962); *La dialéctica en la filosofía de Hegel* (1970). Interesa aquí de momento el libro que escribiera poco antes de morir, en homenaje a Martín Heidegger. En esta obra, que lleva el nombre del filósofo alemán, estudia el desarrollo del pensamiento heideggeriano, desde su problemática inicial en torno a la comprensión circular de la idea del ser y la metafísica, la temporalidad, la historicidad y la historiografía, hasta la investigación de la esencia de la técnica, pasando por la etapa de transición (metafísica y humanismo, apatricidad y humanismo) y el problema de la metafísica, el pensar y la esencia de la verdad. Cierran el libro algunas consideraciones sobre la naturaleza de la *praxis* en Heidegger y en Marx, y la dimensión planetaria de la dialéctica. En un apéndice final figuran textos de Heidegger, entre ellos:

estos dos: *De la esencia de la verdad* y *La doctrina de Platón acerca de la verdad*, que fueron publicados en traducción propia, por el mismo Astrada, en los *Cuadernos de Filosofía* de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en 1953 (nº 10-11-12).

En *Martín Heidegger* encontramos una síntesis crítica y una interpretación aguda y original de la filosofía del gran filósofo germano, que por cierto son el mejor homenaje que Carlos Estrada pudo realizar a su antiguo maestro, con quien tuvo cordiales diferencias filosóficas. Pensador para quien la vida era una constante toma de posición, Astrada acertó en sus últimos días a escribir esta obra serena y justiciera, que enriquece la historiografía filosófica argentina y la bibliografía sobre Heidegger.

*Diego F. Pró*